

Mondragón: Experiencia empresarial de cooperativismo industrial

Prudencio Peñaranda Espejo ()*

A un buen porcentaje humano, en nuestra América Latina, cuando escucha hablar de cooperativismo, se le presenta la imagen de una organización sobre la que tiene un marcado escepticismo de lo que puede hacer orden la desarrollo económico-social.

Puede ser que este primer contacto, así sea imaginativo, que tiene sobre el cooperativismo encuentre justificación por el hecho de que la experiencia latinoamericana no tiene grandes paradigmas como los ostentados en otras latitudes.

Pero la dubitación no solo es atribuible a ese contingente que poco o nada conoce acerca del fenómeno que hoy involucra a más de 220 millones de personas del mundo entero, sino que también a algunos de sus mentores como Fauquet, quien junto con sus seguidores como el Dr. H. Kung, y J.E. García, se ubican en situación pesimista sobre la presencia del cooperativismo en el sector industrial al aceptar las posibilidades de su ejercicio sólo en extremo inicial y final de los procesos económicos, es decir en la agricultura y el consumo, y que la califican como prédicas que pertenecen “al reino de la fábula”, o de románticos al no admitir la cooperativización social de la economía, o cuando se lo presenta como “alternativa global y objetiva frente a los diferentes sistemas socioeconómicos”, actitudes que podrían estimárselas de científicas.

Contrariamente a los criterios que restan importancia integrada al cooperativismo, excite una constelación de hombres que hoy reconocen las bondades de él y le otorgan un rol de primera línea en las perspectivas del mundo actual fracturado por diferencias abismales en términos de bienestar.

Independientemente de las concepciones cargadas de duda o de aquellas que abrigan exageradas esperanzas, son los hechos que muestran la evidencia ineluctable de lo que puede esperarse de un tipo de organización tan original como lo es la sociedad cooperativa.

Una de las brillantes experiencias empresariales de cooperativismo industrial es sin duda, la de Mondragón, villa situada en el extremo sudoeste de la provincia de Guipúzcoa -a 35 km. De la ciudad de Victoria, 80 km. de San Sebastián y 50 km. de Bilbao- en el país Vasco del Estado Español.

“El movimiento cooperativo industrial que surgió hace unos años en Mondragón, y que se va extendiendo a otras áreas del País Vasco –anota Dionisio Aranzandi, S. J. -es un fenómeno económico social de tal importancia que suscita el interés de propios y extraños y sobre todo de los cooperativistas europeos. La O.I.T. se va haciendo eco en sus publicaciones de estas realizaciones de Mondragón. Autores importantes del cooperativismo como G. Laserre, H. Desroche, C. Vienney, etc., dirigen sus miradas a esta experiencia. Pu-

(*) *Del Instituto Nacional de Cooperativas de Bolivia.*

blicaciones extranjeras tan diversas como el semanario “The Observer” o la revista americana “Internacional Management” menciona a Mondragón elogiosa y admirativamente”.

Pero veamos que es Mondragón.

La historia del complejo industrial que se generó en la villa, está íntimamente vinculada con el sacerdote José María Arizmendi -Arrieta y la Escuela de Aprendices de la Unión de Cerrajeros.

En 1941, el padre Arizmendi había sido nombrado como coadjutor de la Parroquia de Mondragón. La labor de este sacerdote desde los primeros momentos de su estada en la población, estuvo orientada a formar en los jóvenes de la región una conciencia humana, social y cristiana.

En base a la Escuela de Aprendices, crea la Escuela Profesional, la que ulteriormente se transforma en la cantera de los nombres que construirían la “Utopía hecha realidad”, como expresara Desroche. Aquella Escuela que dio una amplia apertura para la formación política que se erigió a la vez en el cimiento de un complejo educativo al que se sumaron la Escuela de Peritos de Zaragoza, Escuela Permanente, Actividad Escolar Cooperativa, y la Escuela de Ingeniería Técnica, que en conjunto especializaron al elemento persona la que desde los comienzos de la experiencia se transformo en el verdadero factor de desarrollo.

Muchos de los profesionales que se nutrieron de las enseñanzas de solidaridad humana y espíritu cristiano, gracias a su preparación técnica, por el año 1952, son incorporada en puestos de responsabilidad en empresas de estructura capitalista. Su primer intento fue intento fue mutar la empresa capitalista humanizándola. Ante la realidad que ofrecía muy poca evolución o contrastaba con su levadura cristiana y social, deciden abandonar las empresas de corte capitalista y promocionar otro tipo de estructuras empresariales.

Don José María Arizmendi afirma: “En efecto, a finales de 1955 compran un pequeño taller (*) en Victoria, para conseguir así el “permiso de industria”. Tratan de llevar adelante la idea de asociación entre el capital y el trabajo, subordinado aquel a éste, y la sociedad de trabajo, pero aún no han configurado su estructura socioeconómica. En 1956 trasladan el taller a Mondragón y empiezan a fabricar estufas y hornillos, ambos de petróleo”.

La empresa, que tomo el nombre de ULGOR, hacia el año 1958 –cuando se introduce el gas butano en España- lanza al mercado las cocinas con la marca FAGOR, las que tienen gran aceptación; hasta entonces no se había definido la estructura final de la empresa y en la medida en que el ritmo de producción avanzaba, crece la preocupación por darle a ULGOR una fisonomía que refleje sus ideales de solidaridad humana y a la vez que responda a las exigencias de la economía moderna en cuanto a aspectos económicos, sociales, técnicos y financieros

Los presupuestos ineludibles de los fundadores de ULGOR, hallan en la formula cooperativista la respuesta esperada; así el 2 de noviembre de 1958 marca el comienzo del cooperativismo en Mondragón “en su doble vertiente de empresa industrial y comunidad de trabajo”.

(*) Se refiere a los fundadores: Luis Usatorre, Jesús Larrañaga, José María y Javier Ortubay.

Más tarde. Talleres ULGOR S.C.I. se desarrolla y como cooperativa matriz facilita la creación de otras empresas cooperativas. En 1957, se funda ARRÁSATE, de modestos comienzos (estampación de piezas y fabricación de cortadoras de hierba). En 1962 le sigue COPRECE Industrias Cooperativas de Control y Precisión, que se especializa en el campo de accesorios para electrodomésticos. 1963 señala la fecha de creación de EDERLAN, para fabricación de piezas para automóviles. Todos ellos constituyen el Complejo Industrial ULCARCO.

Por el año 1959, ULGOR, ARRÁSATE y la Cooperativa San José de Mondragón acuerdan crear la Caja Laboral Popular, bajo la forma jurídica de una cooperativa de ahorro y crédito, que se convierte en una entidad de financiamiento cooperativo. La Caja Laboral Popular que nuclea todo el ahorro de la región y que interiormente se extendió a diferentes provincias del País Vasco, gracias a la confianza que logro mediante el uso racional y la transferencia de los recursos financieros por ella captados hacia actividades directamente productivas, prontamente homologa el esfuerzo de la gente de Mondragón y abre los pórticos para ingresar a otros rubros de actividad. Surge LAGUANARO, Mutual de Promoción Social que cubre servicios de seguridad social mínimos bajo condiciones sumamente económicas, a través de acuerdos concertados con Mutualidades Autónomas, la Seguridad Social del Estado y sus clínicas y reparticiones propias.

He ahí un movimiento, que según Ignacio Gorroño, uno de sus líderes actuales, triunfó en un entorno pobre pero comunitario, como es la forma de vida vasca. Los comentaristas de la empresa mondragonesa, vinculan el éxito cooperativo a varios factores. Entre los más relevantes resumimos:

Particularmente, el hombre vasco, acicalado de atributos como la responsabilidad, eficiencia e iniciativa y democracia tradicionales. El hecho es notable. Los capitales se pueden transplantar, lo que no se puede son los hombres.

Inexorablemente relacionado con el elemento personal, está que en aquella democracia industrial, ha influido el entorno que se convirtió en reto y simultáneamente en el marco propicio inductor de un fenómeno sin precedentes en su dimensión empresarial social.

Hombres realistas cargados de una íntima convicción y seguros de hacer tópicos de un ideal impregnado de concordia y justicia distributiva, constituyen el soporte humano sobre el cual descansa la gran empresa de Mondragón. Pero no solamente es eso, sino que la relevancia alcanzada por Mondragón está precedida de la concepción que una cooperativa no es una institución benéfica ni filantrópica sino una auténtica empresa y que como tal debe llenar todos los requisitos que ella plantea para derivar positivamente en sus efectos de rentabilidad económica y social.

La adopción de un criterio de esa naturaleza, allana el camino hacia la privatización de la pobreza en que han incurrido muchas cooperativas al no buscar la correspondencia del comportamiento cooperativo con la necesidad de satisfacer necesidades por lo menos aceptablemente, o en otras palabras, en condiciones derivadas de un rendimiento efectivo en términos económicos y sociales de la cooperativa.

Otro hecho coincidente, es que en todo momento han preconizado y logrado la vigencia del principio de autonomía y función empresarial, obrando de esta manera independientemente a cualquier influencia externa. Esta autonomía no fue postulada como un fin en sí mismo, sino para hacer asumir a los cooperadores de Mondragón la responsabilidad sobre la gestión empresarial, que en el fondo es asumir el riesgo

sobre la gestión empresarial, que en el fondo es asumir el riesgo económico y la adjudicación de los resultados favorables. Es paralelamente, una consecuencia del compromiso de su trabajo, sus ahorros y su propia existencia como trabajadores empresarios.

La economicidad o el uso racional de los medios disponibles, buscando el máximo rendimiento posible de éstos, es otro ingrediente que ha coadyuvado al conjunto de requisitos que se ha dado en Mondragón.

La participación como escalada en ese proceso que considera a todos sus componentes humanos como empresarios sociales, es entre los muchos, otro agente redundante que categoriza a Mondragón, como una resultante de bases y cúspide, con igual distribución en cuanto a responsabilidad para con la suerte del complejo.

Al lado de los varios elementos concurrentes y definidores de las perspectivas de aquella singular empresa social, lo cierto es que para la incredulidad está ese hecho indiscutible.

Puede ser que se alegue que por estos horizontes no es posible concebir siquiera una cooperativa de medianos resultados. Pero la experiencia está ahí, para inspirar al movimiento cooperativo lo que es posible cuando se reúnen y aseguran ciertas condiciones básicas. Esa es la dirección del vasto movimiento cooperativo que adquiere cada vez una mayor dimensión como el pacífico instrumento para contestar al hombre en sus necesidades, sin retacear las de otros, para construir un mundo equilibrado que tiene que vivir y no destruirse.